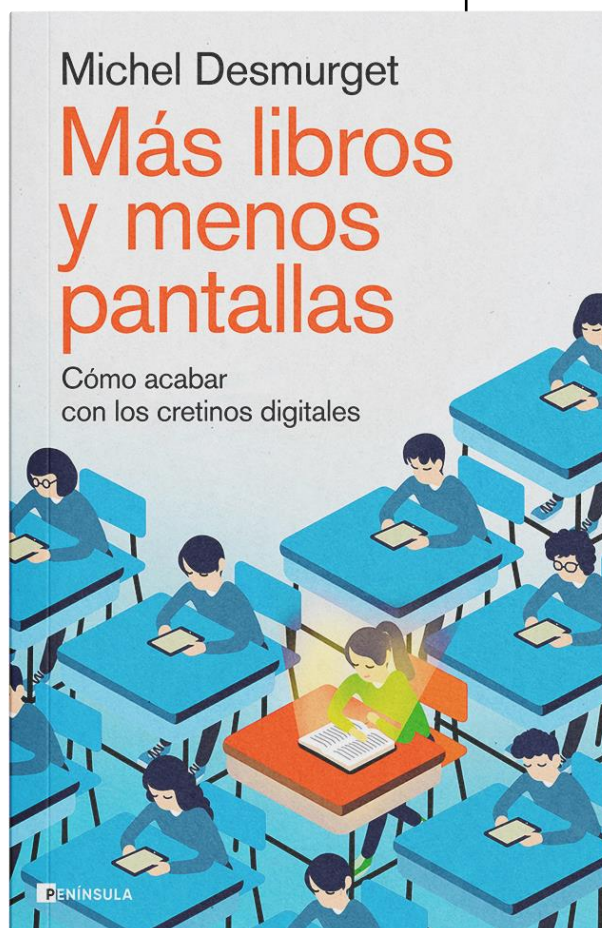


MÁS LIBROS Y MENOS PANTALLAS

MICHEL DESMURGET

CÓMO ACABAR CON LOS CRETINOS DIGITALES

MICHEL DESMURGET, UNO DE LOS NEUROCIÉNTÍFICOS DE REFERENCIA Y LA VOZ QUE MÁS TIEMPO LLEVA ALERTANDO DE LOS EFECTOS PERNICIOSOS DE LAS PANTALLAS EN EL CEREBRO INFANTIL, PROPONE UN ENSAYO OPTIMISTA CON UNA SOLUCIÓN EFICAZ: LOS LIBROS Y EL IMPACTO POSITIVO DE LA LECTURA EN EL DESARROLLO INTELECTUAL, EMOCIONAL Y SOCIAL DE LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS COMO ANTÍDOTO



A LA VENTA EL 06 DE MARZO

***Autor disponible para entrevistas**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat | Responsable de Comunicación Área de Ensayo

682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es

SINOPSIS

¡Que lean! Es importante que los niños y las niñas lean libros en papel. Que se sumerjan en ellos y que dibujen, subrayen y doblen sus páginas. Que atesoren libros, que acudan a las bibliotecas y que asistan a clase sin artefactos tecnológicos frente a ellos. Cientos de estudios demuestran que la lectura por placer tiene un impacto único en el aprendizaje cognitivo de los niños. Fomenta el lenguaje, los conocimientos generales, la creatividad, la atención, la escritura, la expresión oral, la autocomprensión y la empatía. No hay herramienta más útil para el desarrollo cerebral que un libro.

Frente a los efectos desastrosos de las pantallas, Michel Desmurget, uno de los neurocientíficos de referencia en este campo y la voz que más tiempo lleva alertando de los efectos perniciosos de las pantallas en el cerebro infantil, propone un enfoque optimista con soluciones concretas para evitar que nuestros hijos e hijas se conviertan en cretinos digitales. Este libro dirigido a padres y maestros proporciona información para comprender el impacto de la lectura en el desarrollo intelectual, emocional y social de los niños, y les dará herramientas para cultivar el hábito de la lectura en su educación.

EL AUTOR



Michel Desmurget es doctor en neurociencia y director de investigación en el Instituto Nacional de la Salud y la Investigación Médica de Francia. Es autor de una vasta obra científica y de divulgación y ha colaborado en centros de investigación como el MIT o la Universidad de California. Con *La fábrica de cretinos digitales* ganó el premio Femina de las letras francesas.

«Recientemente dos importantes editoriales de literatura infantil y juvenil me invitaron a su reunión de planificación de la temporada.[...] A pesar de mis años y de lo lejos que quedaban mis recuerdos de una juventud perdida hace ya mucho tiempo, confieso que hundí mi cabeza en aquel maremágnum de palabras, ilustraciones e historias y me sumergí en él. ¡Me encantó! Finalmente, la estancia volvió a iluminarse y todos los asistentes se dirigieron hacia la salida. En ese momento la magia se deshizo. Cuando escuché las conversaciones posteriores, tuve la impresión de estar pasando del país de las maravillas a un velatorio: la preocupación de los editores, la angustia de los libreros, la precarización de los escritores y los ilustradores... Por todas partes se mencionaba el “retroceso en la lectura” con esa especie de derrotismo tan característico de lo irremediable. Debería haber sentido compasión por aquel mundo en peligro, pero no tuve tiempo de hacerlo. Mi pensamiento se dirigió impulsivamente hacia todos esos niños que han dejado de leer o que ya no leen lo suficiente. Porque, en último término, son ellos las principales víctimas de este desastre.»

«Como demostré en *La fábrica de cretinos digitales*, los actores de la industria electrónica del ocio llevan a cabo intensas campañas de publicidad y presión para defender los ilusorios beneficios de sus productos para el cerebro de nuestros hijos. Mientras tanto, los editores de literatura infantil y juvenil y el resto de los profesionales del sector del libro guardan silencio, como si la calidad —por lo general, elevada— de su abundante producción bastase por sí sola para resolver el problema. Como si, en el fondo, los beneficios de la lectura fuesen evidentes y, por tanto, no necesitasen ni divulgación ni promoción. [...]»

«Esta obra abordará precisamente esas renunciaciones. Ha llegado el momento, si se me permite expresarlo así, de devolverle al libro el lugar que le corresponde y de demostrar que la lectura “por placer” no es en modo alguno una práctica elitista, reservada tan solo a unos cuantos eruditos privilegiados sino una necesidad acuciante para el desarrollo de nuestros hijos.»

«De hecho, ya lo constató Stephen Krashen hace casi treinta años, tras realizar una exhaustiva revisión de la literatura científica existente hasta ese momento. Este lingüista apuntaba que «cuando los niños leen por placer, cuando se convierten en “adictos a los

libros”, adquieren de manera involuntaria y sin un esfuerzo consciente casi todas esas habilidades que se conocen como competencias lingüísticas y que preocupan a tantas personas: se convierten en lectores eficaces, aprenden un amplio vocabulario, desarrollan su capacidad de comprender y utilizar estructuras gramaticales complejas, adquieren un estilo de escritura adecuado y presentan una buena (aunque no necesariamente perfecta) ortografía.»

«Esta obra constituye una declaración de utilidad pública de los beneficios de la lectura por placer. Me propongo explicar, de la manera más sencilla posible, qué provoca el libro en el cerebro de los niños y por qué es fundamental que los menores lean desde su más tierna infancia.»

«[...] desde que surgió el lenguaje, la humanidad no ha inventado una herramienta mejor que la lectura para estructurar el pensamiento, organizar el desarrollo del cerebro y civilizar nuestra relación con el mundo; el libro construye al niño literalmente en su triple dimensión (intelectual, emocional y social). Por tanto, la brutal reducción de esta actividad que se está observando entre las nuevas generaciones representa un verdadero desastre para la riqueza colectiva de nuestra sociedad, sobre todo porque la lectura está cediendo terreno a una cultura digital lúdica, que, aunque aporte ingentes beneficios económicos a los diferentes actores de su industria, también provoca un efecto idiotizante —como han demostrado ya de manera irrefutable numerosos estudios científicos— y genera consecuencias negativas probadas, por ejemplo para el lenguaje, la concentración, la impulsividad, la obesidad, el sueño, la ansiedad o los resultados académicos.»

«[...] ¿Cómo cultivar en los niños el amor por los libros? Es evidente que ese amor no es en absoluto innato. Se inculca y se transmite lentamente. Para los padres es un legado que transmitir; para los hijos, un derecho a recibir una herencia. Sin embargo, como muestra una investigación reciente, “sabemos que muchos padres y muchas madres no leen con sus hijos porque no son conscientes de que es necesario hacerlo. No son conscientes de los enormes beneficios y del placer que proporciona esta actividad. También sabemos que los especialistas en lectura temen que, si les advierten de esta necesidad, las familias se sentirán culpables por no leer suficientemente junto con sus hijos. Por eso se tiende a mantener con los padres y las madres una comunicación más oblicua, más cercana a la incitación”. Este tipo de pudor resulta incomprensible. Que la realidad no nos guste no significa que debamos silenciarla o disimularla.»

«Pero, por fortuna, en el reino de los libros nunca hay que dar nada por perdido: independientemente de la edad, del género, de las posibles reticencias o de los problemas académicos, la puerta de acceso a los beneficios (y a los placeres) de la lectura siempre está

abierta, incluso para los supuestos “malos lectores”. Baste tan solo un dato: un estudiante de educación secundaria obligatoria lee unas 145 palabras por minuto, lo que supone más de un millón de palabras al año si ese adolescente dedica a esta actividad 20 minutos al día. Y esa cantidad equivale aproximadamente a los 7 volúmenes, 199 capítulos y casi 3.500 páginas de Harry Potter. ¡No es una cifra menor, precisamente!»

«He rastreado la literatura científica de arriba abajo y en ella no he encontrado mejor antídoto contra la idiotización de las mentes que la lectura: se trata de una verdadera máquina de configuración de la inteligencia en su dimensión cognitiva (que nos permite pensar, reflexionar y razonar) y también, y sobre todo, en su dimensión socioemocional (que nos permite comprendernos a nosotros mismos y a los demás, lo que facilita las relaciones sociales). ¡Un lector es lo contrario de un cretino digital!»

LA LENTA AGONÍA DE LA LECTURA

«Desde hace ya más de cincuenta años, los hábitos de lectura de las jóvenes generaciones de todo el planeta se escrutan y se examinan exhaustivamente. Es casi una obsesión que demuestra —como si aún hiciera falta— que este tema preocupa. En todas partes se plantean las mismas preguntas: ¿a los niños les gusta leer? ¿Leen? ¿Qué leen? ¿Es cierto que cada vez leen menos? ¿De verdad aumenta el número de lectores «frágiles»?... [...] Sea cuales sean los protocolos de estudio empleados, el veredicto siempre es más o menos el mismo, al menos en el caso de los países que se califican de desarrollados.»

LIBROS ANTES DE SABER LEER

«La mayoría de los niños se encuentran con los libros antes de saber leer. Lo hacen a través de múltiples vías, como, por ejemplo, la lectura compartida, el juego simbólico (el pequeño hace como si estuviese leyendo)* [...] Así pues, para entender cómo el niño se hace (¡o no se hace!) lector, es imprescindible analizar de qué manera y en qué medida se expone al libro a edades tempranas, lo que supone preguntarse, en concreto, cómo varía esta exposición en función de sus características familiares (nivel socioeconómico, educación de los progenitores, etc.) e individuales (género, edad, lugar que ocupa entre los hermanos, etc.). »

A LOS NIÑOS LES GUSTA QUE LES LEAN HISTORIAS

«Empezaremos por una excelente noticia: independientemente de la edad que tengan y del país en el que residan, a nuestros hijos les gusta que les lean historias. Esto es, al menos, lo que asegura una aplastante mayoría de ellos (entre el 85 y el 95 %), y en eso coinciden con lo que

afirman sus padres. Incluso la proporción de adolescentes que dicen adorar esta práctica también alcanza niveles sorprendentes, por lo general superiores al 75 %. **Este amor universal por la lectura compartida está anclado a dos raíces: la primera de ellas, de tipo emocional, tiene que ver directamente con los niños, y consiste en la sensación de estar viviendo un momento “especial” que aporta un placer mutuo, un momento de risas, palabras, calidez y complicidad; la segunda, más utilitarista, está ligada a los padres y a su aspiración de obtener beneficios concretos, como el desarrollo del lenguaje, el enriquecimiento de la imaginación, la iniciación a la lectura y la mejora de los resultados académicos. [...]»**

«Aunque se mantienen firmes hasta mediados de la educación primaria, que es cuando (en teoría) concluye el aprendizaje formal del código escrito y el alumno es ya (supuestamente) capaz de leer por sí solo, a partir de ese momento se desmoronan con una inusitada celeridad. Así, cuando el menor tiene menos de seis o siete años, casi todas las familias (aproximadamente el 90 %) consideran que la lectura compartida es “esencial” o “importante”. En cambio, en la franja de entre ocho y diez años los padres que dan importancia a esta actividad son más o menos la mitad (55 %) y después, entre los once y los trece años, son ya claramente una minoría (25 %).»

«Lo cierto es que en muchos casos esta búsqueda de “autonomización” adopta la forma de un desentendimiento evidente: muchos padres, cuando abandonan la lectura compartida, también renuncian a supervisar y alentar las actividades de sus hijos en torno a los libros. Una doble pena que numerosos niños parecen llevar mal. »

UNA PRÁCTICA EFÍMERA Y DESIGUALMENTE DISTRIBUIDA

«A la luz de estos datos, cabría pensar que la lectura compartida constituye una práctica generalizada, sobre todo entre los niños en edad preescolar. Pero no es así. De media, en la franja de edad de entre cero y cinco años, el número de pequeños que se expone a esta práctica “a diario o casi a diario” apenas supera la mitad del total (aproximadamente un 55%).»

«El sexo del menor también desempeña un papel importante en este sentido. De hecho, varios estudios sugieren que la lectura compartida es significativamente mayor entre las niñas que entre los niños. Una amplia investigación incluso ha demostrado que el hecho de ser varón resta en un tercio la probabilidad de beneficiarse a diario de esta práctica.[...]»

«[...] Esta diferencia se explica, al menos en parte, por la existencia de estereotipos de género más o menos conscientes según los cuales el lenguaje y la lectura son más bien competencias femeninas, una creencia que podría basarse en factores como la segregación de las prácticas parentales y, de un modo más concreto, en el hecho de que las madres lean más para sí

mismas y para sus hijos y mantengan discursos más positivos y alentadores en torno a la lectura.»

«Estos estereotipos de género son especialmente persistentes porque surfean con alegría la ola de las profecías autocumplidas. El mecanismo es sencillo: cuanto más se considere que la lectura es una actividad «femenina» y más se piense que leer no es “una cosa de tíos”, que los niños “son activos”, “necesitan moverse” y “no se quedan sentados” atiborrándose de libros... menos tiempo se pasará leyéndoles y hablando con ellos, más difícil le será al lenguaje encontrar aquí un terreno abonado para su pleno desarrollo y más se autoconfirmará el estereotipo.»

«Los datos indican que desde los primeros meses se expone a las niñas a más actividades cognitivas que a los niños: leer y contar cuentos, observar números y letras, cantar, ir a la biblioteca... Como señalan los científicos, esta diferencia no es anodina: explica una parte significativa de las diferencias observadas universalmente en el rendimiento académico de niñas y niños en lectura y matemáticas durante la etapa de educación infantil.»

UN «ELEFANTE DIGITAL» OMNIPRESENTE

«A todo ello hay que añadir, como es lógico, el peso del “elefante digital”. Hoy en día está sobradamente demostrado que cuanto más se expongan los miembros del hogar (niños y/o padres) a las pantallas durante su tiempo de ocio, menos tiempo dedicarán a las actividades de interacción intrafamiliar, entre ellos la lectura compartida. [...] cuanto mayor sea el consumo de pantallas a los veinticuatro meses de vida, menor será la exposición a la lectura compartida a los treinta y seis meses; en segundo lugar, cuanto menor sea la exposición a la lectura compartida a los treinta y seis meses, mayor será el consumo de pantallas a los sesenta meses.»

«Entre los cero y los cinco años, el uso lúdico de las pantallas absorbe cuatro veces más tiempo que los libros. No obstante, la diferencia entre una y otra actividad va variando en función de la edad de los individuos. [...] El mensaje es sencillo: el uso lúdico de los dispositivos digitales roba un tiempo significativo a la lectura compartida. »

LA LECTURA COMPARTIDA FAVORECE LA LECTURA INDIVIDUAL

«El consumo solitario y el consumo compartido, en lugar de mutilarse el uno a otro, tienden a reforzarse y a acrecentarse mutuamente. Dicho de otro modo: cuanto más se expone un niño a la lectura compartida, más tiende a leer por sí mismo, sea cual sea su edad.»

EL NIÑO LECTOR

«El principal obstáculo con el que se topa la lectura entre los jóvenes no es tanto una falta de interés como la **competencia que representan otras actividades** y la falta de tiempo que generan».»

«También el estatus socioeconómico desempeña un papel importante. [...] Pero la diferencia no parece depender tanto del patrimonio económico como del capital cultural (si bien hay que reconocer que ambos aspectos suelen ir de la mano). [...] **la proporción de lectores disminuye considerablemente en función del nivel de formación de los padres (educación universitaria: 34%; educación secundaria: 20%).** [...] En el caso de las prácticas digitales de ocio, en cambio, se observa una dinámica inversa, ya que su consumo se incrementa enormemente cuando el hogar presenta un nivel sociocultural bajo. De hecho, varios estudios recientes han demostrado que un importante rasgo distintivo de las familias de medios favorecidos es que en ellas se limita de manera estricta el uso lúdico de los dispositivos digitales en beneficio de las actividades extraescolares consideradas más “enriquecedoras” en términos intelectuales, principalmente la lectura.»

EL «ELEFANTE DIGITAL» (SIEMPRE) OMNIPRESENTE

«Algunos estudios de Francia y de Estados Unidos han ido más allá del porcentaje de personas que leen «a diario o casi a diario» y se han interesado por conocer el tiempo que se destina cada día a esta actividad. La media de estos dos países se sitúa, respectivamente, en 28 y 29 minutos entre los alumnos de primaria y secundaria (bachillerato incluido), aunque estos valores dependen en buena medida de los marcadores socioeconómicos que vimos en el apartado anterior. **El tiempo de lectura es mayor en las niñas y en las familias culturalmente privilegiadas: en ambos casos, se destina a la lectura de cinco a diez minutos más al día.** Pese a lo que cabría esperar, en vista de la reducción progresiva del número de lectores entre los estudiantes de secundaria lo cierto es que a medida que se cumplen años el tiempo medio de lectura diaria se mantiene o incluso aumenta ligeramente [...]. No obstante, este fenómeno es bastante fácil de explicar. Se debe a un sencillo mecanismo de vasos comunicantes: el número de lectores se reduce, pero cada “superviviente” pasa cada vez más tiempo leyendo a medida que crece. [...]»

«En otras palabras: ¡cada día seis de cada diez preadolescentes y siete de cada diez adolescentes no leen casi nada! Resulta tentador oponer esta escalofriante escasez a la omnipresencia de lo digital. Si, de hecho, lo hacemos, veremos con claridad que el libro ha perdido la batalla del ocio.[...] Este impacto dañino del consumo lúdico de pantallas sobre el tiempo de lectura se viene

constatando desde hace casi cincuenta años. Ya en 1972, un informe del Ministerio de Salud Pública de Estados Unidos indicaba que la compra de un televisor provocaba una reducción inmediata (de en torno a un 40 %) del tiempo que los adultos destinaban a leer libros. Unos años más tarde, en 1980, un trabajo experimental extendía esta observación también a los niños, concluyendo que los alumnos de educación primaria a los que se limitaba el consumo de productos audiovisuales pasaban menos tiempo delante de la televisión que sus compañeros (50 minutos, frente a 1 hora y 40 minutos) y que la consecuencia de esta restricción era un incremento significativo del tiempo de lectura (1 hora y 10 minutos, frente a 35 minutos). [...] Existen multitud de estudios de este tipo. De hecho, podríamos apilarlos casi hasta el infinito, pero, en cualquier caso, la conclusión general sería siempre la misma: el consumo lúdico de pantallas constituye un enemigo feroz y ancestral de la lectura. »

LOS NO LECTORES DE HOY SON LOS PROFESORES DE MAÑANA

«Nada evidencia de una forma más clara el retroceso generalizado de la lectura que el mundo universitario. Como indica una encuesta reciente, “los estudiantes saben que es importante leer, saben que el profesor espera que lean y saben que esta actividad tendrá un peso en sus notas, pero, a pesar de todo, la mayoría de ellos no leen su manual”».

«Es una conclusión especialmente válida en el caso de las lecturas obligatorias, que entre el 70 y el 80 % de los estudiantes ignoran total o parcialmente. También aquí la evolución es impactante: a principios de los años ochenta, ese porcentaje de insumisos apenas era del 20%, es decir, cuatro veces menos que hoy. En el ámbito de las lecturas personales la caída, aunque menos drástica, resulta igualmente impresionante: entre 1994 y 2015, la proporción de alumnos que accedían a la educación superior sin haber leído “por placer” absolutamente nada en el último año subió del 22 al 33 %. [...] **Aquí estamos ante la pescadilla que se muerde la cola, porque los estudiantes de hoy son los profesores de mañana.** Dicho de otro modo: como subrayan los autores de un artículo científico sobre este tema, “el escenario más alarmante que dibujan los investigadores remite a la posibilidad de que se genere un ciclo recursivo de enseñanza que dé lugar a un alto número de estudiantes carentes de inspiración, muchos de los cuales, sin embargo, se convertirán después en profesores que lucharán por despertar en sus estudiantes un amor por la lectura que ellos mismos no han experimentado jamás”.»

«En línea con este temor, se ha demostrado que los profesores que más valoran la literatura son también los más aptos para enseñar y transmitir a sus alumnos el gusto por la lectura.»

UN RENDIMIENTO ALARMANTE

«Para aprender a leer hay que leer. O, más exactamente —como veremos en la segunda parte de este libro—, para aprender a leer hay que trabajar más allá de las tareas escolares. Un niño que no lee en casa durante su tiempo de ocio jamás se convertirá en un verdadero lector. Acabará dominando la descodificación y la comprensión de los textos más comunes, pero será irremediabilmente incapaz de penetrar en la inmensa riqueza de los contenidos complejos. [...] **Lo que me dispongo a demostrar aquí es que esta desafección no es inocua. Se trata de un desastre personal para el niño y de una catástrofe social para la colectividad.**»

«[...] **que las competencias intelectuales de la población tienen una repercusión positiva y clara en la salud económica de un país. Como indica un reciente artículo de revisión, “el capital de conocimientos de los trabajadores genera un fuerte impacto en el crecimiento económico”.** Una conclusión bastante inquietante, a la luz de los tristes resultados de numerosos países occidentales... sobre todo si los comparamos con los de ciertas naciones asiáticas competidoras, con China a la cabeza. »

EL MOMENTO SPUTNIK

«En 1957, la Unión Soviética lanzaba el primer satélite de la historia: el Sputnik 1. Aquel acontecimiento supuso un verdadero trauma para Estados Unidos. Como se explicó en un informe parlamentario, «hasta ese momento, los estadounidenses se sentían protegidos por su superioridad tecnológica. De repente, el país descubrió que iba a la zaga de los rusos en la carrera espacial, y los ciudadanos se inquietaron al constatar que su sistema educativo no producía suficientes científicos e ingenieros». La respuesta se estructuró en torno a dos ejes: en primer lugar, un abrumador incremento de los fondos destinados al programa espacial norteamericano, sobre todo a través de la creación de la National Aeronautics and Space Administration (la famosa NASA); en segundo lugar, la desaparición de las reticencias políticas a la financiación nacional de la educación superior [...]. En 2009 varios países asiáticos se sumaron al programa PISA. El impacto de aquella noticia fue tan brutal que muchos especialistas hablaron de un nuevo «momento Sputnik para el sistema educativo estadounidense».»

UNA PÉRDIDA DE LENGUAJE

«**Más allá de las pruebas estandarizadas, el contenido de los manuales escolares ofrece otra interesante perspectiva de estudio.** [...] para adaptarse a la reducción del nivel de los alumnos, los sistemas escolares están bajando su propio nivel de exigencia, lo que implica simplificar los manuales que se encargan a los editores y, en último término, intensificar el declive inicial. [...] Como cabía prever, también se ha constatado un lento proceso de empobrecimiento del lenguaje en los libros de literatura infantil y juvenil fuera del ámbito escolar.»

UNOS LECTORES CADA VEZ MENOS COMPETENTES

«Hace ya decenios que los científicos se interesan por la fluidez de los hábitos de lectura en silencio. En este terreno existen diversas variables que se pueden medir (duración y distribución de las fijaciones oculares, frecuencia del retroceso de la mirada en el texto, etc.). **La que proporciona una visión más amplia es el número de palabras leídas por minuto.** Técnicamente, este parámetro se calcula teniendo en cuenta que, sea cual sea la velocidad, el requisito es que el texto leído se comprenda bien, como es obvio. Desde el punto de vista cuantitativo, su valor aumenta con la edad y el nivel de competencia. De media, un estudiante del último curso de bachillerato lee 1,2 veces más rápido que un alumno del último curso de primaria (192 frente a 165 palabras por minuto). Además, el 25 % de los estudiantes del último curso de bachillerato que presentan un mayor rendimiento leen dos veces más rápido que el 25 % de los estudiantes del mismo curso cuyo rendimiento es menor (277 frente a 129 palabras por minuto). **Pues bien, lo sorprendente es que en los últimos cincuenta años la velocidad de lectura se ha reducido considerablemente, un fenómeno que se observa sobre todo en educación secundaria.** [...] Este hecho resulta especialmente significativo si se tiene en cuenta que la fluidez de lectura constituye un marcador global de la comprensión de los textos, del éxito académico y del nivel educativo.»

EL ARTE DE LEER

«NUESTRO CEREBRO NO ESTÁ HECHO PARA LA LECTURA»

«Algunas competencias, inscritas en lo más profundo de nuestro patrimonio genético gracias a la evolución, pueden apoyarse en una organización neuronal previamente establecida. En cambio, otras, más recientes, no estaban previstas y tienen que ir cavando su propio surco en los meandros de una árida arborescencia cerebral. En este segundo caso, evidentemente, el proceso de adquisición es más largo, más difícil y más aleatorio. Esta disparidad de las condiciones biológicas iniciales explica, por ejemplo, por qué a los niños les resulta tan fácil aprender a caminar y tan difícil aprender a tocar el violín.»

LA LECTURA: REDES CEREBRALES POR CONSTRUIR

«La lectura, en cambio, no disfruta de unas condiciones tan favorables como el lenguaje. Nació hace algo más de cinco mil años, con la aparición de la escritura. El objetivo estaba claro: había que sentar las bases de una memoria física que ni el tiempo ni la muerte pudiesen poner en peligro. En ese momento se crearon diferentes códigos gráficos para representar, con una forma visual materialmente perenne, un lenguaje oral que, por fuerza, era efímero. Como explica la lingüista Amalia Gnanadesikan, aquel fue, sin lugar a dudas, un giro decisivo en la historia de la

humanidad. La escritura es “uno de los inventos humanos más importantes de todos los tiempos. [...] Un mundo sin escritura se parecería poco al mundo en el que vivimos hoy”. [...]»

«La mayoría de los especialistas reconocen que “**el ser humano no nació para leer**” y que “desde el punto de vista lógico, es imposible que las regiones del cerebro humano hayan evolucionado específicamente para hacer posible la lectura”. Esto significa que las redes neuronales sobre las que se asienta esta capacidad deben dibujarse a brochazo limpio dentro de la arborescencia ya existente. [...] Lo que pretendo, tanto en este capítulo como en los siguientes, es simplemente corroborar la envergadura del reto biológico que supone para un niño la lectura y subrayar la extrema complejidad de las reconfiguraciones en la organización neuronal que se requieren hasta dominar el código escrito. [...]»

«Tras esta sencilla fórmula se oculta un principio esencial de la plasticidad del cerebro: cuanto más complejo es el aprendizaje, más energía se requiere para cincelar los entramados neuronales. Aprender a hacer malabarismos con tres pelotas, a orientarse en una gran ciudad sin recurrir al GPS48 o a jugar a Super Mario en una videoconsola modela puntualmente el cerebro, pero no cambia una vida. En cambio, ¡aprender a leer sí lo hace! Eso sí, esta última actividad no se consigue en unos pocos meses. Hacen falta años de entrenamiento paciente y perseverante para crear un lector.[...]»

«[...] aquí no estamos hablando de modificar de manera marginal algunos circuitos limitados dentro de las áreas cerebrales motoras, visuales o mnésicas, sino de modelar en profundidad una vasta red neuronal que se extiende desde las áreas visuales posteriores más primitivas hasta las estructuras cognitivas anteriores más sofisticadas.»

«Para referirse a este gigantesco trabajo de reorganización, los especialistas hablan a menudo de la creación de la o de las «red/es de la lectura». Esta expresión es práctica, pero hay que tener cuidado con su faceta engañosa: estas supuestas “redes de la lectura” cubren básicamente las redes del lenguaje. La única diferencia entre lo oral y lo escrito es la puerta de entrada. En un caso, las palabras penetran a través del oído; en el otro, a través de la retina. Sin embargo, una vez superada esta etapa sensorial, todas ellas acaban generando respuestas similares dentro de los mismos circuitos neuronales. Como señala el lingüista Alain Bentolila en un informe ministerial, “aprender a leer no es aprender un idioma nuevo: es aprender a codificar de una forma diferente un idioma que ya se conoce”. Eso puede darnos pie a pensar que aprender a leer no es tan complicado.»

LA COMPRESIÓN: EL GIGANTE OLVIDADO

«Da la impresión de que muchos padres, por lo que parece poco conscientes de estas realidades, creen que un niño sabe leer cuando sabe descodificar, es decir, cuando consigue, como ya hemos visto, transformar en palabras ('papá') una sucesión de símbolos alfabéticos arbitrarios (p/a/p/á). [...] **Una descodificación competente no garantiza en modo alguno el acceso a una comprensión precisa** [...] Esta sensación de cualificación conduce a muchas familias a relajarse en sus esfuerzos por ayudar al niño, convencidas, por ejemplo —como ya vimos en la primera parte—, de que la lectura compartida se vuelve inútil a partir de primaria porque es entonces cuando, supuestamente, el alumno ya lee solo. [...]»

«Un niño de diez u once años que lea poco fuera del ámbito escolar probablemente será capaz de enfrentarse a libros no demasiado complejos, previstos para alumnos de seis o más años (por ejemplo, El diario de un gato asesino), pero difícilmente este tipo de literatura le resultará apasionante ni fomentará en él un amor incondicional por la lectura. De hecho, a ese niño le costará enormemente penetrar en textos más complejos, adecuados para la curiosidad y las inquietudes propias de su edad. Dicho de otro modo: lo que hay que entender aquí es que cualquier obra de interés puede ser demasiado complicada para aquellos menores que no se hayan expuesto previamente —a través de la experiencia de la lectura compartida— a las convenciones y dificultades específicas del lenguaje escrito. [...]»

NUESTRO CEREBRO ESTÁ DISEÑADO PARA APRENDER

«En el lenguaje oral, las palabras se emiten de forma sucesiva. El oyente no clasifica nada: se adapta al flujo que le llega y va descifrando el discurso sobre la marcha, un vocablo después del otro. Sin embargo, cuando recibe la información por escrito las cosas son diferentes. En ese caso, el mensaje aflora de repente sobre la página y cientos de palabras bombardean simultáneamente la retina. Absorber todo eso es imposible. Para conseguirlo, el lector no tiene más remedio que dividir el texto de modo que presente el mismo carácter secuencial que los discursos orales. Quienes se encargan de esta labor son los ojos, que no recorren de un modo continuo el enunciado, sino que llevan a cabo una sucesión de pequeños y rápidos saltos, denominados “movimientos sacádicos”. Al principio, la aproximación al texto es titubeante, pero después el cerebro va aprendiendo progresivamente dónde debe posar la mirada para optimizar la captación de la información al tiempo que minimiza la cantidad de movimientos ejecutados. [...]»

«[...] Como han demostrado diversos experimentos realizados con pantallas, si una palabra procesada se borra entre sesenta y setenta milisegundos después de su procesamiento, la duración de la fijación visual permanecerá intacta y la lectura continuará casi con total

normalidad, lo que significa que lo que más tiempo nos lleva no es captar y ver la palabra, sino descodificarla y desentrañar su significado. Es ahí donde se encuentra nuestro límite, que, por desgracia, es imposible superar: ni siquiera el lector más avezado podrá sobrepasar la velocidad de entre 280 y 300 palabras por minuto. [...] Los resultados de esta investigación revelan que si a un lector competente se le presenta una palabra, se producirá en él una intensa activación de las áreas de la corteza temporal asociadas al lenguaje, incluso cuando la atención esté plenamente centrada en otra tarea perturbadora. En cambio, esta activación no se observa en los lectores deficientes.»

«Hay un interesante estudio que sintetiza maravillosamente estos datos. Su título es evocador: «De la página a la pantalla: cuando una novela se lleva al cine, ¿qué se pierde en esta transferencia?». La respuesta es muy sencilla: «La película emplea menos palabras polisílabas [...]. La película utiliza frases con estructuras menos complejas [...]. La película presenta menos diversidad léxica [...]. La película reduce la complejidad de los diálogos, de la trama, de los personajes y del tema». Pero tampoco en este caso debemos concluir que la imagen carezca de riqueza y que el cine constituya un arte secundario. Lo que estas conclusiones indican, sencillamente, es que la transición de lo escrito hacia la pantalla empobrece considerablemente la variedad léxica de las obras.»

COMPRENDER QUE NO SE HA COMPRENDIDO

«[...] la conclusión está clara: la solidez lingüística y la riqueza cultural son dos características fundamentales del lector experto. Tan fundamentales que resulta tentador considerar que están por encima de todo. Se trata de un error: para comprender se necesita algo más que lenguaje y conocimientos. También hay que ser capaz de autoevaluarse, es decir, de comprender, llegado el caso, que no se ha comprendido algo. Este aspecto puede parecer trivial, pero no lo es.»

«En palabras de estos pioneros, «las personas menos cualificadas en una materia sufren una doble desventaja: no solo llegan a conclusiones erróneas y cometen lamentables errores, sino que su incompetencia les priva también de la capacidad de darse cuenta de ellos».

«GOOGLE IT» O EL MITO DEL SABER INÚTIL

«[...] Los elementos que hemos visto hasta ahora —probablemente no esté de más señalarlo— demuestran el carácter caduco de todos los delirios de los teóricos de la pedagogía y de los grupos de presión que se han venido popularizando en los últimos veinte años bajo el famoso lema de *google it*, que podríamos traducir por «míralo en Google». La idea es rudimentaria. Sugiere que los conocimientos de base se han convertido en inútiles para el funcionamiento de la inteligencia, porque hoy en día es posible acceder ya a todos los saberes del mundo con tan solo

un clic. Así pues, la mente puede prescindir de acumular un bagaje cultural fáctico obsoleto para centrarse plenamente en los mecanismos del pensamiento.»

«Evidentemente, eso invita a reflexionar de un modo más general sobre cómo debe ser la educación actual. ¿Acaso la educación debe consistir en la transmisión de conocimientos si llevo en mi bolsillo un smartphone que me permite acceder en quince milisegundos a toda la información que se ha generado a lo largo de la historia de la humanidad?. Dejando a un lado el hecho de que recordar la ruta de la información es seguramente más complicado que recordar la información en sí, este tipo de argumentos desafían las leyes de la lógica y del aprendizaje. Por ejemplo, ¿cómo puedo saber si tengo que consultar Google (o cualquier otro buscador) si ni siquiera sé, por falta de conocimientos, que no he comprendido algo? Y, de un modo más global, ¿qué nivel de ignorancia podemos tolerar?. [...] Si no se memoriza nada y hay que buscar en Internet cada palabra, cada hecho y cada elemento implícito, comprender el enunciado más minúsculo se convierte rápidamente en una empresa titánica. No podemos estar constantemente reinventando la rueda. Cada conocimiento requiere, para definirse, de saberes previos en los que es imposible remontarse hasta el infinito. Da igual que una información pueda descargarse en quince milisegundos. Lo importante es el tiempo que se requiere para asimilarla desde el punto de vista intelectual.»

«Evidentemente, la cosa se complica aún más cuando salimos del terreno de la comprensión para pasar al de la reflexión. No en vano, comprender no lo es todo: también hay que pensar, y no es fácil hacerlo si no se dispone de ningún saber sobre el que apoyarse. [...] En fin, volvamos a la lectura: todo esto confirma que no es posible abordar eficazmente un texto si no se dispone de las condiciones culturales necesarias. »

«[...]En muchos casos, la incapacidad del lector para comprender que no está comprendiendo no se debe tanto a una carencia de saber como a una deficiencia funcional, es decir, a una incapacidad para captar la estructura profunda de un texto a pesar de que se conocen todos sus componentes lingüísticos y fácticos. Es como si la persona no hubiese adquirido, por falta de práctica, la capacidad para relacionar los elementos distantes del enunciado. Las frases o las grandes ideas del texto se leen entonces por separado y se entienden de manera superficial, sin integrarlas en un modelo de situación unificado. »

LAS RAÍCES DE LA LECTURA

«[...] el aprendizaje es un fenómeno acumulativo. Nada surge de la nada. [...] La lectura no es ajena a esta realidad. Si en el momento en el que el niño se lanza a esa aventura no ha sentado

las bases imprescindibles, estará condenado a fallar. Por desgracia, este tipo de fracasos suele ser irremediable. El desdichado que se disponga a asaltar la lengua escrita sin contar con las armas necesarias jamás terminará de pagar este error. »

«[...] el colegio tiene límites, y no reconocerlo sería absurdo. Para empezar, los niños no acceden a él hasta que tienen tres años. Sin embargo, las experiencias que viven antes de ese decisivo momento son absolutamente cruciales. Si no se han sentado las bases cerebrales cuando el alumno llega a la educación infantil, su etapa escolar se convertirá rápidamente en una fase dolorosa. [...] Por otra parte, la escuela está obligada a seguir programas extensos y a menudo la ratio por aula es alta, así que el tiempo de aprendizaje y la cantidad real de interacciones entre el alumno y el maestro suelen ser demasiado escasos como para garantizar una adquisición óptima del lenguaje, tanto en educación infantil como en primaria.»

SENTAR LAS BASES VERBALES

LEER HISTORIAS: EMPEZAR PRONTO Y TERMINAR TARDE

«Recientemente un semanario francés citaba a un genetista estadounidense, según el cual “el número de libros que lees a tus niños no va a influir en su nivel de lectura cuando entren en el colegio. Si toman conciencia de este hecho, los padres podrán disfrutar mucho más de sus hijos sin temor a que cada paso equivocado los eche a perder”. Esta afirmación no solo es falsa, sino también peligrosa e irresponsable. Decir este tipo de cosas a la luz de los datos disponibles y del devastador impacto que esta abdicación de la familia tiene en el desarrollo de los menores resulta obsceno, porque perjudica gravemente su futuro.»

«[...] la lectura compartida provoca que la inteligencia verbal del niño—según es posible medirla en la actualidad a partir de pruebas estandarizadas como la del CI— pase de 100 a 111. Otro planteamiento sería indicar que, dadas dos muestras de alumnos de educación infantil, una de las cuales se expone frecuentemente a la lectura compartida, mientras que la otra solo lo hace de forma ocasional, el 80 % de los miembros del grupo “frecuente” presentarán una competencia lingüística superior a la media de los miembros del grupo “raro”. No es de recibo afirmar que estos efectos son marginales.»

BENEFICIOS MUCHO MÁS ALLÁ DEL LENGUAJE

«[...] hoy en día no hay dudas en cuanto al impacto beneficioso de la lectura compartida sobre el desarrollo. Sin embargo, aunque esta conclusión sea esencial, no se queda ni mucho menos aquí: en realidad, varios estudios han demostrado que la lectura compartida también ayuda a mejorar la atención, esa que las actividades del ocio digital se empeñan metódicamente en destruir.»

«[...] Otras investigaciones también confirman la existencia de un destacado efecto positivo sobre las capacidades socioemocionales, que, de entrada, podríamos definir como el conjunto de facultades sobre las que nos basamos para actuar de una manera adecuada y satisfactoria en presencia de terceros, ya sean conocidos o no (en la familia, en el aula, durante una fiesta de cumpleaños, en un vagón del metro, etc.), lo que incluye, por ejemplo, la capacidad de regular las propias emociones (en un supermercado no debemos ponernos a gritar si papá se niega a comprarnos una bolsa de caramelos), la capacidad para respetar las normas sociales comunes (siempre saludamos cuando nos encontramos con alguien) y la aptitud para controlar la propia impulsividad (no podemos interrumpir permanentemente a las personas que están hablando). En este sentido, se ha comprobado que la lectura compartida reduce el riesgo de hiperactividad, probablemente porque impone de manera reiterada un entorno interactivo tranquilo. También se ha demostrado que esta práctica genera un ambiente favorable para la interacción, cuyos beneficios abarcan toda la esfera familiar y, en consecuencia, promueven el desarrollo a medio y largo plazo de relaciones paternofiliales más serenas y amables, un elemento no menor si tenemos en cuenta el enorme impacto de estas relaciones tempranas sobre el éxito académico durante todo el itinerario educativo del niño. Por último, se ha confirmado también que la lectura compartida mejora la empatía, entendida como la capacidad para ponerse en el lugar del otro, comprender su punto de vista y sentir lo mismo que él siente. »

REPERCUSIONES TEMPRANAS Y DURADERAS

«¿Cuándo hay que empezar a leer cuentos a los niños? Se sabe que lo óptimo es comenzar temprano. La mayoría de las investigaciones recomiendan hacerlo ya entre el primer y el tercer trimestre tras el nacimiento. Un estudio representativo ha evidenciado, por ejemplo, que los bebés con los que se practica la lectura compartida cuando tienen entre tres y seis meses presentan a los cinco años un rendimiento lingüístico superior al de sus compañeros que no han tenido la misma suerte. Otro trabajo más reciente empezó por identificar, dentro de un amplio grupo de niños de tres años, aquellos que presentaban variantes genéticas que podían generar retrasos en el desarrollo del lenguaje. Los análisis que se les realizaron revelaron que tenían un déficit sustancial en comparación con un grupo de control libre de ese riesgo hereditario, pero solo cuando se les privaba de lectura compartida durante los doce primeros meses de su existencia. Los niños que, en cambio, habían tenido acceso a libros y cuentos durante ese periodo no mostraban ninguna carencia con respecto a sus compañeros genéticamente protegidos. **Es difícil imaginar una demostración más impactante del papel fundamental que desempeñan el entorno y las interacciones familiares tempranas en el desarrollo del lenguaje.**»

«Esto demuestra que la lectura compartida, practicada como actividad de acompañamiento, sigue siendo un fecundo instrumento para el aprendizaje, incluso cuando el niño es ya capaz

de leer por sí mismo. El potencial de este instrumento va mucho más allá de las cuestiones léxicas. El libro constituye un soporte generosamente abierto que permite alimentar las reservas de conocimientos de base de los niños, los preadolescentes y los adolescentes, así como abordar con ellos todo tipo de temas fundamentales que, a menudo, los atormentan en lo más hondo de su ser (el amor, la muerte, la amistad, la sexualidad, el racismo...). En definitiva, renunciar demasiado pronto a esta práctica supone privarse de un espacio de interacción tan potente como idóneo.»

LEER VARIAS VECES EL MISMO LIBRO

«[...]Cuando mi hija era pequeña y yo le preguntaba qué cuento quería que leyésemos, ella tendía a volver una y otra vez sobre la misma obra, que me tendía sistemáticamente durante días. La mayoría de los niños hacen lo mismo. De manera intuitiva, pensamos que esta obstinación es contraproducente, porque el potencial didáctico de un texto desconocido nos suele parecer más prometedor que el de otro ya abordado. Nada más lejos de la realidad. Nuestros hijos tienen razón. Una sola exposición no les permite interiorizar bien todos los tesoros lingüísticos y narrativos del libro. Cuando un mismo contenido se lee varias veces, la memorización aumenta de manera significativa.»

«Un efecto impactante. Pero aún hay más: de hecho, cuanto más conoce las palabras, más capaz es el niño de olvidarse del vocabulario para centrarse en la historia. Por eso cada repetición es una oportunidad de enriquecimiento y de aumento del nivel de complejidad de la interacción. Hay un estudio revelador en este sentido. En él se invitó a varias parejas madre-niño (de entre dos y cinco años) a leer un álbum desconocido o familiar. Los resultados mostraban claras diferencias. En el segundo caso, el tiempo total de las intervenciones orales del niño era mayor (25 %, frente al 17 %). Por otra parte, también la proporción de los diálogos acerca de lo que ocurría en la historia (por ejemplo: «¿Qué hicieron para protegerse del calor?... ¿Y después?») era superior (12 %, frente al 4 %). En cambio, las tareas relacionadas con la definición de las palabras (por ejemplo: «El heno es hierba seca») se reducían (4 %, frente al 8 %), algo que también ocurría con las ligadas a la denominación de objetos, imágenes o personajes [...].»

«Los protocolos de repetición que abordo aquí son más eficaces si se mantienen a largo plazo. Una vez que se aprende una palabra, su recuerdo será muy duradero, especialmente teniendo en cuenta que una lectura en cantidad suficiente y que englobe una amplia variedad de textos garantiza el refuerzo regular de la traza dejada y la enriquece. Dicho de otro modo: cuando volvemos a cruzarnos con una palabra conocida, minimizamos el riesgo de olvidarla y expande su significado. [...]Es posible convertir las palabras de los libros en palabras del día a día, reutilizándolas de manera consciente en las conversaciones habituales

e invitando al niño a hacer lo mismo. Si anoche te encontraste con vocablos como «satisfecho», «suculento» o «astuto», empléalos hoy.»

SIN DIVERSIÓN NO VALE

«Tampoco en este caso hay que pensar que las actividades propuestas tienen que ser arduas y abrumadoras. Es posible hacerlas agradables, alegres, lúdicas y divertidas. Lo peor que podría ocurrir es que todos estos momentos únicos se transformaran en un amargo deber. En tal caso, es mejor abstenerse de realizarlas que aguar la fiesta. Es algo particularmente aplicable a la lectura compartida, cuyos numerosos beneficios no pueden obtenerse a base de sermonear constantemente al niño porque no entiende las cosas con la rapidez necesaria, despachando la tarea a toda prisa como el que se quita una carga de encima o interrumpiéndola cada treinta segundos para consultar el teléfono móvil. Para que esta actividad dé sus frutos hay que realizarla en un ambiente sereno, libre de toda hostilidad y repleto de palabras de aliento.[...] Cuando no se sigue esta norma, casi todos los niños acaban desarrollando una aversión por los libros que, como es obvio, complica seriamente los aprendizajes formales y pone en peligro las prácticas posteriores de lectura individual. »

UN MUNDO SIN LIBROS

EL POTENCIAL ÚNICO DEL LIBRO

«[...] El discurso es, sin duda alguna, seductor. Su único problema es que está omitiendo medio siglo de estudios precisos y coincidentes. [...] esas prácticas autodidactas que ensalza Edwy Plenel, cuando se aplican en las generaciones más jóvenes —cuya capacidad de procesamiento y comprensión es insuficiente—, no nutren la democracia, sino que la erosionan, la ponen en peligro, como revela un amplio estudio de la Universidad de Stanford. Por otra parte, desde principios de los años sesenta del siglo XX sabemos la enorme importancia que tienen los soportes de transmisión. En este sentido, hay una cita de Marshal McLuhan, importante teórico de la comunicación, que se ha hecho mundialmente famosa: «El medio es el mensaje». A través de este aforismo, el autor quería expresar que la forma contamina irremediablemente el fondo y, por ende, el modo en que el cerebro procesa la información recibida. En otras palabras: para McLuhan y también para numerosos profesores universitarios, como Pierre Bourdieu o Neil Postman, el medio de comunicación modifica el mensaje y, en consecuencia, modula las actividades de percepción, comprensión y memorización que realiza el receptor.»

EL LIBRO: DECIDIDAMENTE MEJOR QUE INTERNET

«Una de las principales diferencias entre el libro e Internet radica en la organización de los contenidos. En la “red”(el nombre ya lo dice todo), la información es difusa, redundante y fragmentada. El detalle siempre se codea con la esencia y las *fake news* se mezclan continuamente con la verdad. El conocimiento no aparece ni coordinado ni jerarquizado. Cada búsqueda genera una montaña de respuestas, que el internauta tiene que clasificar, evaluar y, en último término, incorporar a un conjunto armonioso, y a este problema le suele dar respuesta de forma artesanal, primero reduciendo el campo de las consultas iniciales a los primeros enlaces que ha seleccionado el algoritmo de búsqueda y después, a partir de esta base, saltando de una información a otra hasta construir una representación global del tema que le interesa. [...] Los libros son mucho menos exigentes para el lector, en el sentido de que todo el trabajo de investigación y estructuración recae en el autor, que es a quien corresponde identificar los elementos pertinentes y tomar las decisiones en cuanto a su organización. También es a él a quien le corresponde determinar a qué tipo de lector se dirige y, desde esta perspectiva, valorar qué es necesario explicarle y qué puede omitirse. Dicho de otro modo: **mientras que los motores de búsqueda de Internet dejan a los individuos solos ante una montaña de datos dispares, el libro los toma de la mano y los guía a lo largo de todo el camino para proporcionarles un nivel de comprensión óptimo.**»

«[...] A estos elementos organizativos hay que añadir el beneficio del “placer”, a menudo olvidado. Los autores no se limitan a estructurar su prosa. Crean historias y, como explica muy bien Daniel Willingham, profesor de Psicología, «la mente humana parece estar perfectamente adaptada para entender y memorizar historias, hasta tal punto que a veces los psicólogos califican a las historias de “psicológicamente privilegiadas”; con eso quieren decir que en la memoria se procesan de un modo diferente al resto de tipos de documentos.»

«[...] Dicho esto, ni las historias ni las organizaciones lineales son exclusivas de los mundos escritos. En el fondo, estos rasgos también se encuentran en los universos orales, sobre todo en los audiovisuales. Por eso cabe preguntarse qué es lo realmente específico de los libros, [...] ¿varían la comprensión y la memorización de un contenido en función de si el mensaje se transmite de forma oral o escrita? [...] Desde hace años, este planteamiento parece generalizarse. Incluso los profesores universitarios sustituyen hoy cada vez más las lecturas obligatorias por los contenidos en forma de audios o vídeos, como ya hemos visto en la primera parte de esta obra. Una evolución supuestamente inevitable, se nos dice, porque “hay que vivir de acuerdo con el espíritu de los tiempos». Detrás de este argumento se ocultan dos ideas principales: por una parte, que los niños ya no leen, así que hay que adaptarse a la nueva situación; por otra, que el formato no tiene importancia y que, al fin y al cabo, un vídeo posee el mismo valor que un texto

escrito. El primer principio puede sostenerse, por triste y amenazante que sea la renuncia que deja entrever. El segundo, en cambio, es claramente falso.»

«[...] el soporte escrito “parece respaldar mejor el aprendizaje y la comprensión de los alumnos”. Estos datos coinciden con las conclusiones del tercer estudio que mencionaba antes, en el que, a partir de una revisión de la literatura existente al respecto, se ha puesto de manifiesto que, «desde hace más de medio siglo, los psicólogos están comparando el modo en que las personas escuchan y leen. **La mayoría de las investigaciones han concluido que retenemos más cuando leemos** »

«[...] los formatos en papel son preferibles, sobre todo en el caso de los textos largos y complejos, porque favorecen la concentración y la sensación de «inmersión» [...] Los efectos de distracción que provocan los dispositivos digitales no solo se aprecian entre los lectores avezados, lógicamente. También se evidencian entre los niños, sobre todo en las primeras fases del aprendizaje.»

«[...] los lectores se enfrentan a la pantalla con un estado mental menos propicio a la concentración porque están habituados a encontrarse en ella, por expresarlo de un modo bastante general, enunciados cortos y poco complejos (sobre todo en las redes sociales). En línea con esta propuesta, un estudio realizado con una muestra de estudiantes universitarios ha hallado una relación positiva entre un funcionamiento intelectual más superficial y una mayor frecuencia de uso de las redes sociales. »

UNOS BENEFICIOS MÚLTIPLES Y DURADEROS

CONSTRUIR EL PENSAMIENTO

«[...] la lectura vuelve a nuestros niños más inteligentes. Y eso, admitámoslo, no es un prodigio menor. Lo consigue principalmente aumentando una parte del CI total que los especialistas conocen como «cociente intelectual verbal» o, según una denominación más reciente, «índice de comprensión verbal» (ICV). Ambos términos se refieren, como ya hemos visto, a una misma competencia compleja, que engloba las habilidades lingüísticas de la persona, su nivel de cultura general y su capacidad de razonamiento (es decir, su habilidad para manejar los conocimientos de los que dispone con el fin de resolver problemas y/o comunicarse). [...] esta contribución del libro a la inteligencia es única y (por desgracia) insustituible. En otras palabras: o el niño lee o estará condenado a no desplegar nunca todo su potencial intelectual. »

«[...] Muchos estudios aseguran exactamente lo mismo, ya que confirman la existencia de correlaciones importantes entre el rendimiento en lectura y la escritura de los alumnos, sea cuales sean sus edades y el ámbito considerado (léxico, ortográfico, sintáctico, etc.). Como demuestran dos metaanálisis recientes, el vínculo actúa en un doble sentido: por un lado, las tareas relacionadas con la escritura ejercen un efecto beneficioso sobre la comprensión y la velocidad de tratamiento de un texto (en este último aspecto, a través de la mejora de las representaciones ortográficas); en los niños pequeños, además, facilita incluso la adquisición de las letras y de la conciencia fonémica; por otro lado, la lectura sostiene, de manera sólida y a lo largo de toda la trayectoria académica, el desarrollo de las capacidades de escritura. Este efecto se debe en parte a la mejora de las representaciones ortográficas, como ya hemos visto. Pero eso no es todo: desde el principio de la primaria, los buenos lectores también crean textos más estructurados y mejor redactados que sus compañeros menos eficientes.»

«[...] los niños lectores escriben y hablan mejor que aquellos de sus compañeros que no leen tanto. »

DESARROLLAR LAS HABILIDADES EMOCIONALES Y SOCIALES

«Numerosos estudios muestran que la literatura y, de un modo más amplio, las obras de ficción también favorecen el desarrollo socioemocional, un concepto que, de entrada, podemos definir como «una capacidad general para identificar y comprender nuestros propios estados interiores y los de los demás, que incluyen las emociones, los pensamientos, los deseos y las motivaciones, así como para adoptar, de un modo flexible, el comportamiento más apropiado para responder adecuadamente a interacciones interpersonales específicas [...]»

«A través de los libros, el lector vive un sinfín de vidas, que le permiten, sin que se dé cuenta, agrandar e iluminar la suya. Jemeljan Hakemulder, uno de los primeros investigadores que analizaron con seriedad esta cuestión, sugirió que la literatura constituía una especie de «laboratorio moral» que ayuda al lector a explorar a placer y sin riesgos todo tipo de situaciones sociales más o menos espinosas del mundo real. A partir de él, los neurocientíficos han generalizado esta idea a través del concepto de «simulación social». Keith Oatley, profesor de Psicología Cognitiva de la Universidad de Toronto, sostiene que, del mismo modo que ciertas personas entrenan sus capacidades como pilotos mediante simuladores de vuelo, otras perfeccionan sus habilidades sociales leyendo obras de ficción, que, en consecuencia, pueden contemplarse como «el simulador de vuelo de la mente». Esta hipótesis se confirma en varios estudios que evidencian una importante superposición de los circuitos cerebrales implicados en la evaluación de las

situaciones sociales tanto cuando se viven de verdad como cuando se experimentan a través de la literatura. [...]»

«Hay un trabajo reciente particularmente significativo en este sentido. En él se concluye que los mayores lectores de obras de ficción presentan un mejor rendimiento socioemocional gracias a un funcionamiento optimizado de las redes neuronales correspondientes, lo que confirma que la ficción mejora este tipo de capacidades «a través de su influencia en las bases neuronales de la simulación social». Una realidad que Mark Bauerlein, profesor de inglés en la Universidad Emory, expresa de maravilla desde su posición de lector. Escribe: «Si lees la definición de la palabra “traición” en un diccionario, la entiendes. Pero si lees un caso de traición en una novela que recoge los actos, los pensamientos y las emociones del traidor y del traicionado, no te limitarás a comprender la traición: la experimentarás en carne propia». [...]»

«[...] se confirma que el volumen de lecturas acumuladas a lo largo de la vida influye positivamente en el grado de empatía. No obstante, aun cuando se observe esta relación con todo tipo de obras, se constata que es más intensa y general en los textos de ficción que en los de no ficción. De acuerdo con sus autores, «es posible que los procesos más emocionales de la empatía se encuentren más estrechamente vinculados con la lectura de obras de ficción, mientras que los procesos más cognitivos se asocian a prácticas de lectura más diversificadas». »

CONSTRUIR EL FUTURO

LA LECTURA NO ES HEREDITARIA

«[...] la lectura es una cómplice exigente. Refunfuña ante la indolencia y solo se muestra generosa ante la perseverancia. Es, como escribió el novelista haitiano Émile Ollivier, “una felicidad que se merece”.»

«Cuando a la gente se le anuncia que la lectura es heredable en un 60 %, por lo general interpreta que esta competencia está genéticamente determinada, es decir, que la capacidad del niño para aprender a leer depende esencialmente de su ADN y que, por retomar una cita que ya he mencionado aquí, «ni la educación ni la calidad de las enseñanzas recibidas son tan cruciales como él». Este tipo de atajos es tan erróneo como perjudicial. No es fácil comprenderlo (o explicarlo), porque el concepto de heredabilidad es abstracto: carece de existencia tangible, en realidad.»

LA ENORME INFLUENCIA DEL ENTORNO

«En realidad, a efectos de este debate lo más importante no es tanto entender qué es la heredabilidad, sino qué no es. Lo primero que se viene a la cabeza es que no es una medida de inevitabilidad genética, en el sentido de que no nos dice nada acerca del peso que puede tener el entorno.»

«[...] si el concepto de heredabilidad es tan ambiguo es porque depende de las condiciones del entorno. Cuando esas condiciones varían, también lo hace el índice de heredabilidad. Este es un aspecto fácil de demostrar. Tomemos a un grupo nutrido de personas y ofrezcámosle condiciones óptimas para su desarrollo, de manera que todas ellas puedan alcanzar su máximo potencial. Al principio, la única fuente de diferenciación será la genética, así que la heredabilidad será enorme. Es lo que ocurre con los niños de medios favorecidos desde el punto de vista socioeconómico cuya inteligencia es altamente heredable. Pero tomemos ahora a otros individuos similares y dispongámoslos en contextos muy heterogéneos. En ese caso, el peso del entorno será mucho mayor y la heredabilidad se acercará a cero. »

UN POTENTE REMEDIO CONTRA EL FRACASO ESCOLAR

«Aún tenemos que abordar el tema de la escuela. Para muchos padres, se trata de la última batalla, de la madre de todas las preocupaciones, por su capacidad de decidir, en una medida nada despreciable, el destino de los niños. »

«[...] Resulta tentador pensar que esta influencia positiva de la lectura sobre el rendimiento escolar se pone especialmente de manifiesto en las asignaturas de amplio contenido «literario» (lengua, historia, filosofía...). Pero no es así. Las matemáticas brindan la prueba más clara. Un gran número de estudios demuestran que los resultados que se obtienen en esta materia están significativamente relacionados con los que se consiguen en lectura, lo que quiere decir que aquellos alumnos a los que les va bien en uno de estos ámbitos tienden a ser competentes también en el otro»

«Los libros no se limitan a convertirnos en mejores lectores. Nutren, como acabamos de ver en los dos capítulos anteriores, toda nuestra esencia humana. Y la escuela se alimenta en gran medida de esta plenitud. El éxito académico del niño no solo depende de la lectura, sino también de su CI,⁷ 298 de su cultura general,²⁹⁹⁻³⁰⁰ de su creatividad³⁰¹ y de su inteligencia socioemocional.³⁰² La lectura actúa de una manera positiva en todos esos ámbitos. En este sentido, podemos decir que constituye un medicamento de amplio espectro contra el fracaso escolar. »

CONVERTIR AL NIÑO EN UN LECTOR

«[...]uno no se hace lector por azar, sino por aculturación, esto es, por «adaptación a la cultura del entorno».Dicho de otro modo, es la importancia que el medio familiar da al libro lo que, en buena medida, permite al niño convertirse en lector casi de forma inconsciente.»

«la lectura es una herencia social cuya transmisión no es en absoluto aleatoria y que se apoya en tres pilares fundamentales. En primer lugar, hay que dar valor a la lectura, es decir, presentarla como una actividad crucial y diferenciadora, partiendo del lema «nosotros somos una familia de lectores; no en todas las familias es así, pero en la nuestra la lectura es importante, es una de las cosas que nos definen». El objetivo es que el niño incorpore pronto esta realidad a su identidad, hasta que acabe percibiéndose y presentándose a sí mismo como un lector. Hoy en día son muchos los jóvenes que se ven como gamers (jugadores de videojuegos)⁶ y que experimentan un fuerte sentimiento de pertenencia a una comunidad.⁷ La idea aquí es conseguir que el niño se sienta como un reader (un lector de libros) y que se enorgullezca de ello. [...]»

«[...]El placer es la clave de la motivación y el éxito es la principal base del placer.²⁶⁻²⁸ Uno de los mensajes más importantes de esta obra es que, a la hora de aprender a leer, las dificultades iniciales suelen agravarse más que desaparecer. Dicho de otro modo: para que un niño se convierta en un lector hay que evitar que sus inicios sean demasiado arduos, y para eso hay que dedicar tiempo a hablarle, a proponerle juegos con el lenguaje. »



Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 682 69 63 61 / E: lfabregat@planeta.es